

SER PERSONA^(*)

Por MARIA RIAZA

(Catedrática de Filosofía del Instituto Nacional de Puertollano)

Si cada uno de nosotros piensa, trata de entender qué es "ser persona", lo encuentra sencillísimo. Lo entiendo si no trato de expresarlo. Puedo mentarlo, no decirlo. Si pongo en movimiento mi pensamiento y me fuerzo a hacerlo, encuentro, eso sí, un posible apoyo. Este apoyo me lo brindan multitud de frases del lenguaje diario. Vamos a tomar dos: una que corresponde más bien al lenguaje escrito, otra que es una expresión familiar, coloquial.

Tomemos una novela policíaca. Una de las más clásicas: Sherlock Holmes. Ante un caso difícil (asesinato misterioso en antiguo castillo, terrible amenaza de una sociedad secreta), donde todos fallan él acierta. ¿Por qué? Resulta—nos comenta el autor—que es un "perfecto conocedor de la naturaleza humana". Y ahora caemos nosotros también en la cuenta. ¡Claro! Eso es ser persona, tener una naturaleza humana; por eso, el hombre excepcionalmente dotado para conocerla, sabe distinguir unas personas de otras. Muchos de los que me hayan seguido hasta aquí habrán ido reconociendo peldaños de su propio modo de razonar. Así habrán razonado y quizá lo habrán expresado alguna vez. Y, sin embargo, tengo que decirlos: esto es una vía muerta, no conduce a solución. Es, desde luego, el primero y necesario ensayo, pero sólo fructífero para ser suprimido. Es preciso hacer una breve historia de este fracaso para que nos convenzamos de su carácter de tal.

La aurora del pensamiento teórico—casi todos lo sabéis—se produce en Grecia. No sólo la filosofía, sino todas nuestras ciencias teóricas proceden de ahí. Y, dicho a grandes rasgos, se debió a esto la pregunta por el "qué" de las cosas. Los griegos no sólo utilizaron, hicieron producir, manejaron las cosas, sino que se interesaron por su realidad. Fué el nacimiento del pensar teórico, y de su herencia disfrutamos hoy nosotros. Más o menos contestaron así: las cosas son "naturalezas". Es decir, algo permanente, con unas características fijas, que constituye el núcleo inteligible de esas cosas. También el hombre era una naturaleza en este sentido, y como el concepto estaba forjado desde las cosas físicas, al aplicársele al hombre se "cosificó" a éste, se le hizo... naturaleza humana.

Los griegos, que fueron creadores de una parte de nuestro tesoro intelectual, apenas atisbaron el sentido de la persona. En griego se confunde la palabra que expresa la persona con la careta que oculta el rostro del actor dramático. (En Grecia, el actor dramático actuaba detrás de una careta que representaba al personaje. La careta ocultaba al hombre conocido de todos, amigo o pariente, y le revelaba como Agamenón, Ayax o Edipo. Tenía que ocultar precisamente para patentizar. Luego veremos que esta ruta presentida fué seguida por los primeros hombres sensibilizados para el tema de la persona.) La teorización posterior en lengua griega elegirá, para expresar el significado persona, una palabra ajena al idioma vulgar: hipóstasis.

Son necesarios dos elementos, ajenos ambos al pensamiento griego, para que se comience a decantar este concepto, que tan familiar y obvio nos resulta a nosotros. Son éstos: la religión revelada de Israel y el Derecho romano. Con estos dos elementos y el instrumento del pensar teórico forjado en Grecia, la Edad Media va a ir madurando la noción de persona. La teología reclama este concepto porque le es

(*) Discurso pronunciado en la apertura del curso 1961-62 en el Instituto Nacional de Enseñanza Media de Puertollano.

pieza fundamental para entender los dos grandes misterios de la Trinidad y la Encarnación. Por eso San Agustín y Ricardo de San Víctor insertan en sus "De Trinitate" agudas observaciones en torno a este tema. Esta marcha, de interés creciente, de casi avides a medida que van pasando años, por lo distintivo del hombre como persona respecto al círculo de cosas, de naturalezas, que le rodean, tiene su más aguda expresión—muchos lo habréis sospechado ya—en el romanticismo. Es una época esta exasperada e inquieta. Es una época también algo desmesurada. Hay en ella un resgato por el pensamiento medieval. Por eso es en ella donde aparece tajante la gran escisión entre el mundo de la naturaleza... y el de la libertad. El mundo de las cosas y el de las personas. Sin embargo, no es fácil vencer al naturalismo. El gran filósofo español Ortega y Gasset dejó una frase escrita que le ha costado cara (y digo esto porque se ha solido malentender y exagerar malintencionadamente). El hombre, decía en su obra: "Historia como sistema", no tiene naturaleza, tiene... historia. Es evidente que esta frase tiene por objeto llamar la atención sobre algo decisivo: desnaturalizar al hombre en el sentido de no entenderlo desde las otras cosas del mundo. Es esta una frase que actúa como un aviso, como una exclamación de alerta. No tiene un significado ponderado y escueto. Hoy trabaja el mundo del pensamiento por afinar y convertir en instrumento apto para pensar la noción de persona. Hay un nuevo material aportado por las ciencias: medicina, psicología, biología. El instrumento del pensar es también de mayor precisión que el anteriormente empleado. Los problemas que las relaciones humanas nos plantean (no hace falta más que abrir un periódico) son también más urgentes. Por eso han nacido en toda Europa y en América los personalismos. Un personalismo cristiano, el francés de Le Senne, Gabriel Marcel, Maritain, E. Mounier; otro alemán: Stern, Max Scheler, Brentano; otro de habla inglesa: Parker, Bown, Brightman, etc.

Con esto hemos hecho la mitad del camino. Ha quedado claro, espero, la actualidad y urgencia del tema; se ha señalado la vía muerta: el naturalismo. Pero esto es sólo planteamiento; aún no hemos dicho nada positivo. Nos hemos quedado no sólo sin saber qué decir sobre la persona, sino con el más fácil camino cortado. Es la situación de apuro y urgencia en una pieza que provoca y excita el pensamiento.

Dijimos al principio que íbamos a apoyar nuestro discurrir en dos frases triviales. A una, la más racionalista y libresca, ya la hemos exprimido bastante. Vamos ahora por la otra.

Si el revisor de un tren entra en un vagón vacío y lo encuentra lleno de desperdicios, podría exclamar: "¡Qué animales! ¡Ya podrían aprender a ser personas!" Aquí debemos subrayar tres cosas:

1.º Aquí persona se contrapone a animal en vez de a cosa (la tensión no es ya naturaleza-persona, sino animal-persona).

2.º Persona es algo que puede aprenderse a ser, adquirirse.

3.º A la persona se le adscribe una cierta valoración que se niega al animal.

¿A dónde van a parar estas tres observaciones? Vamos a tomar uno por uno cada uno de los apartados. Dedicaremos unos pocos minutos al primero, y despacharemos con más brevedad los otros dos.

Mi maestro Xavier Zubiri ha concedido un lugar privilegiado, dentro de sus trabajos, al tema de la persona. Precisamente durante el curso 1959-60 dedicó un cursillo de cinco lecciones a este tema. No voy a resumir aquí sus aportaciones; no sería oportuno ni posible. Pero si quiero dejar dicho que cuanto va a seguir se halla dentro de la línea de su pensamiento y apoyado en sus palabras.

Observemos el modo de actuar de estas dos realidades contrapuestas: hombre-animal. Un animal sufre una impresión: ve algo. El toro de lidia ve la llama rosa y amarilla del capote. Se lanza normalmente a ello. Ante un estímulo cualquiera un animal tiene un número limitado de respuestas hechas. El hombre tiene también múltiples respuestas, pero en número ilimitado. Estas respuestas no están sin más hechas, aptas para ser tomadas; de ahí que le sea necesario poner en juego la inteligencia

para elegir la adecuada. Este hacerse cargo del estímulo hace que aparezca no como mero estímulo, sino como realidad. Por eso dice Zubiri: "El hombre es animal de realidades." ¿Qué hemos adelantado con esto? ¿No parece más bien que hemos definido, con más o menos precisión, una cierta "naturaleza humana"? ¿Nos hemos acercado o alejado al tema de la persona?

Creo yo que acercado; pero es necesario decir en qué forma. Dijimos al principio que el hombre griego, forjador del pensamiento teórico, preguntaba qué eran las cosas, y contestaba que "fysis", naturalezas. Pero resulta que para el hombre la pregunta va ya viciada, porque no puede contestarse a un qué, sino a un quién. O mejor dicho, para que podamos saber adecuadamente qué es el hombre, tenemos que ponernos en claro previamente sobre el quién, sobre la persona. (Y precisamente la insuficiencia de la pregunta sobre el qué—¿qué es el hombre o cuál es su consistencia?—surge al comparar este "qué" con el "qué" que interroga sobre el animal. El animal queda entendido contestando al "qué"; para contestar qué es el hombre hace falta remontarse a quién es.) Esto hizo ya en la Edad Media que importase el tema del modo de unidad y clausura, por así decirlo, de las sustancias o naturalezas finitas. Se estaba tocando algo para lo cual no se tenía todavía concepto suficiente. Las naturalezas o sustancias se hacen más complejas al tener que albergar al hombre. Es el tema clásico de la subsistencia, en el que aquí no queremos entrar, pero sí dejar apuntado que fue la vía medieval del tema que nos ocupa.

El ser inteligente le pasa a alguien. En esta aparente trivialidad está el núcleo de la definición de persona. ¿Qué caracteres agrupa en torno suyo?

— Es realidad en propiedad. Es "mí".

— Es aquella realidad que siente como suya esa propiedad. Es realidad que puede decir "me".

— Es "yo".

Una estructura así definida, una estructura personal, es y tiene que serlo un sujeto de actos. Esto quiere decir tener que llegar a serlo. El hombre siempre es ya persona (es decir, lo es desde que nace), pero esto quiere decir que vive de un modo peculiar, que consiste en no estar ya hecho, sino, en cierto modo, en elegirse a sí mismo, en hacerse. ¿Cómo se hace? El hombre proyecta su propia vida e intenta realizarla. Y esto no es un lujo de algunos, sino un inexorable destino. El hombre hace un proyecto ideal de sí mismo, y este proyecto es ya parte de él no en cuanto naturaleza, sino en cuanto persona.

Y con esto se nos viene a presentar el segundo punto. Decíamos: parece—según la frase que nos sirvió de arranque—que puede aprenderse a ser persona. Si algún oyente recapitula lo que hasta aquí llevamos dicho, tendría que contestar a nuestro hipotético revisor: "¡No, señor mío! No se puede aprender a ser persona; persona se es ya de nacimiento." Y en cierto modo—pero sólo en cierto modo—tendría razón. Y digo "en cierto modo" porque este contrincante olvida que para ser persona hay que ejercitarse en estarlo siendo. O, lo que es lo mismo, ser persona es estarlo siendo (o haberlo ya sido, si miramos a la persona que ha pasado la frontera de la muerte; pero este es tema que trasciende nuestro empeño). Cada uno de nuestros actos condiciona nuestra vida, nos hace ser una persona u otra. Piénsese en algo muy grave: un asesinato, por ejemplo. El asesino será y ya para siempre asesino. Tendrá que cargar con ello (se arrepienta o no, ésa es otra cuestión) y tendrá que cargar con ello, porque es parte de sí mismo como persona. No vayáis a creer, sin embargo, que este ejemplo tiene trampa. Quizá alguien piense en esta forma: "¡Es natural que este hecho tan grave marque, condicione, por así decirlo, toda una vida! No ocurriría si, por el contrario, se tratase de un hecho de poca monta." Vamos a ver que no es así. Supongamos un niño al que suspenden en un curso. Es indiscutible que este hecho no sólo puede modificar su biografía externamente (así, por ejemplo, el padre del niño se cansa de pagarle los estudios y lo dedica a trabajar), sino que le obliga a tomar una postura distinta ante las cosas, le obliga a comportarse de otra manera, y

eso porque "ya es o se ha hecho" de otra manera. Los ejemplos de cualquier tipo podrían multiplicarse.

Así, pues, se es persona, pero se llega a ser tal persona. Y ese primer ser persona nunca se puede dar aislado de ese ser tal. A estas dos perspectivas sobre el todo persona es a lo que Zubiri ha llamado personalidad-personalidad. Las cosas que van aconteciéndome van llenando esa oquedad de mi primer ser personal, de vida concreta; van definiéndome. Al vivir yo me incorporo lo que hay fuera, lo hago mío. Este incorporarme y hacer mío va dando lugar a unidades concretas: cada uno de nosotros; yo, si se trata de mí; tú o él, si se trata del otro. Son las personas. Y las personas, en este sentido que ahora explicamos, pueden serlo más o menos. El yo puede ser en cada caso apenas un punto ideal en el que confluyen mis vivencias o una unidad concreta, efectivamente poseída. Así, pues, nuestro revisor tenía su punta de razón en eso de aprender a ser persona.

Y nos queda el tercer punto: el valorativo. En la tabla de valores de nuestro fingido personaje es mejor, más valioso, ser persona que animal, y, por supuesto, más valioso que cosa inanimada. En este aspecto cualquiera que revise sus supuestos valorativos coincidirá con él. Por eso este tercer punto parecerá a muchos una de esas afirmaciones que se llaman perogrulladas. No lo es tanto de todos modos. En primer lugar, para una mentalidad naturalista que considere al hombre como una naturaleza entre otras, es, por lo menos, necesitada de justificación nuestra afirmación valorativa. De todos modos, nosotros no vamos por ahí, ya que hemos empezado sentando la necesidad de superación de un naturalismo aplicado a este punto. Pero desde otro punto de vista (más en consonancia con el nuestro) la valoración de la persona se referirá a un modo de entender ésta. Es evidente que si nuestro revisor creyese que ser persona era algo distinto de lo que nosotros hasta aquí llevamos dicho nosotros tampoco tendríamos que concederle, en absoluto, esta supuesta valoración. Nosotros valoramos el modo de entender la persona como estructura (o, si se quiere, no abandonar el lenguaje tradicional, aunque tiene sus peligros, como naturaleza) que no tiene más remedio—para serlo—que abrirse a las cosas, hacerse con ellas. La persona es valiosa no porque sea una naturaleza de más perfecta constitución física o biológica, aunque también lo sea, sino porque estas estructuras le permiten proyectarse en un mundo conforme a ideales, incorporarse lo proyectado y "cargar con ello", es decir, ser moral (o inmoral, porque la acción inmoral se mueve también en el ámbito de la moralidad. O, lo que es lo mismo, que la persona sólo es mala moralmente porque puede ser buena también; no vayáis a confundiros con estas palabras demasiado concisas.)

Aprendamos—y nunca más oportuna esta palabra que en un comienzo de curso— a ser personas. Pero esto sólo puede aprenderse siéndolo. No es aprender pasivo, sino activo; no es pura recepción, sino casi creación. Algo parecido a lo que San Agustín presentaba como tarea del que enseña en su "De Magistro": el descubrimiento de la huella de la creación en cada uno de nosotros.

NUEVA «GUIA DIDACTICA» DE CIENCIAS NATURALES

"FLORA BASICA"

POR

EMILIO GUINEA LOPEZ

Publicaciones de la Revista «ENSEÑANZA MEDIA»